

VIDAS EN VERSO. AUTOFICCIONES POÉTICAS (ESTUDIO Y ANTOLOGÍA)

Laura SCARANO

(Santa Fe: Editorial de la Universidad del Litoral, 2014, 248 págs.)

El certero título delimita arduas y complejas polémicas en la teoría literaria contemporánea acerca del problema de la autoficción y específicamente del nombre del autor en el cuerpo del texto poético. Epígrafes minuciosamente elegidos como el de Jaime Gil de Biedma, sobre el poeta que deviene poema, hablan a las claras de un problema central de la poesía y de su práctica: el de construir un lugar que pueda ser reconocido como propio, entre la *illusio* biográfica y la impostura autoficcional. Laura Scarano, su autora y también coordinadora de la presente edición, refuerza esta idea matriz en su especulación: “Ya bien sabemos que en el nombre que figura en la tapa de un libro se resume de manera emblemática la existencia de lo que llamamos autor, y nos envía a una persona real que habita el mundo extratextual. Pero ¿qué pasa cuando el nombre del autor es componente de la obra misma? ... ¿Y qué ‘compromisos’ con lo real implica su uso? ...” (12)

Si bien *Vidas en verso* se divide en tres partes (un Estudio preliminar, una Antología y varias Lecturas críticas), el estudio teórico, con la antología, podría ser un libro en sí mismo. No lo ha sido por la disposición docente y académica de Scarano, que decidió incluir las lecturas críticas de sus alumnos del seminario de posgrado dictado en la Universidad Nacional de Mar del Plata, en el 2012. Y su decisión no sólo ha sido acertada por la calidad y agudeza de las lecturas sino también porque, de ese modo, el lector tiene la posibilidad de cotejar e interiorizarse en las perspectivas múltiples que adquiere la categoría autoficcional al trasladarse del género narrativo al lírico y probar la relevancia del nombre de autor en la significación del texto. Realmente un capítulo aparte merecen cada uno de los trabajos que aparecen en “Lecturas críticas”, como por ejemplo, los dos de María Elisa Crespo, el de “Carnet de identidad” de Manuel Alcántara y el otro, con fino oído para escuchar “el susurro” personal de la poesía de Joaquín Giannuzzi. Así se suceden el trabajo de Candelaria Barbeira, acerca de la construcción del sujeto en Juana Bignozzi y también en Ernesto Cardenal; el de María Eugenia Fernández sobre la tentación de tener una “supuesta” identidad en “Retratos de mayo, 1994” de Roberto Bolaño; también, el trabajo de María Clara Lucifora que a través de sendos trabajos pone en diálogo a Borges y a Unamuno en un juego de disoluciones y paradojas. Este amplio arco de lecturas muestra y confirma las maneras diversas en que las subjetividades aparecen en poetas

con nombre propio: por ejemplo, Rodrigo Montenegro muestra un Fabián Casas en una instantánea de insignificancia contemporánea; mientras que María Estrella descubre el yo confesional en el hermoso poema de Cernuda "Para ti, para nadie"; por su parte, Pía Pasetti nos introduce en el juego de identidades de Gloria Fuertes; o Evangelina Aguilera nos conduce desde el espejo del autoconocimiento de Luis García Montero hasta el *ethos* comprometido de Roberto Santoro. También Nora Letamendía y Verónica Leuci escudriñan el paso del tiempo en un poeta clave: Jaime Gil de Biedma, que, en el capítulo siguiente, la misma Leuci lo confrontará con Ángel González, en esa peculiar encrucijada entre la vida y la escritura. De este modo, el enorme abismo del sujeto no parece tocar fondo, aún cuando Francisco Aiello proponga leer a un César Vallejo frente a la última frontera de la muerte, o bien, en el otro polo, liviano de dramatismo, Martín Presenza presente a un Luis Antonio de Villena en su escandalosa autoalegoría de César Moro. Completan estas lecturas críticas Sabrina Riva con Miguel Hernández en su consabida figuración de poeta pastoril, y Mariana Blanco con dos trabajos en que se dan cita dos mitos de la poesía argentina: Olga Orozco y Alejandra Pizarnik.

Volviendo al Estudio preliminar de Scarano, la aguda lectura teórica da cuenta de la reflexión crítica sobre el debate último de la autoficción, con una muy estimable particularidad: llevar esa reflexión al terreno de la lírica. La exhaustiva bibliografía utilizada atraviesa el contrato de lectura autobiográfico y el doble estatuto referencial y performativo con que se construye la propia existencia o inexistencia de lo que hasta ahora venimos llamando "autor". Scarano destaca algunos de los ineludibles aportes de Bajtin, Derrida, De Man, Barthes, Lejeune, Ricoeur, entre otros muchos que han abordado "los estudios de la autoría y sus controvertidas figuraciones".

La autoficción se relaciona así con el modelo de identidad que no es sino resultado de procesos culturales y de grandes cambios de época. Scarano que es autora de quince libros, entre los que podemos citar uno de los más recientes: *Ergo sum. Blas de Otero por sí mismo* (Francia, 2012), confiesa en esta ocasión que su interés "por la poesía en su vertiente autobiográfica nació hace más de 20 años". Y evoca también, en una suerte de balance crítico, que desde su tesis doctoral de 1991, viene afirmando que "el poema con nombre de autor" constituye "una representación verbal análoga a la figura del autor empírico" (41). A esa identidad autoral la ha definido como metapoeta: "término indudablemente asociado al conocido concepto de metapoema", porque si metapoema designa al poema que tematiza su propio estatuto, "metapoeta resultaría una noción operativa para señalar al yo lírico que se identifica explícitamente con el poeta-autor, en la línea del correlato autoral" (43). Si bien se reafirma un pacto de lectura referencial, nunca deja de existir una insondable distancia entre vida y escritura, un vaivén que no niega la realidad ni se opone necesariamente a la verdad. Es un juego de poetización, una "metalepsis" según Genette, que no es nada nueva y trata de establecer un

diálogo suficientemente atractivo y a la vez, desafiante. Así se explica que la idea de “identidad problemática” de Stierle permita escapar de las disyuntivas entre realidad y ficción, aceptando “una verdad metafórica” en que el sujeto lírico puede alejarse de la referencia biográfica para acceder a otras zonas de una realidad que de ninguna otra manera alcanzaría. En ese “entredós” cabe también un amplísimo juego de sujetos que proponen otros críticos, así como el imaginario, el social, el evidencial, etc. En definitiva, sigue siendo “el enigma enunciativo del poema”, tal como Scarano lo había denominado en su libro *Los lugares de la voz* (2000).

Pero en el caso específico de los poemas sociales, señalado entre otros por Arturo Casas y lúcidamente explicado en el presente libro, no sólo textualiza al autor sino que tematiza lo histórico-social, y demanda el reconocimiento de un testigo problemático que no puede soslayar su compromiso con la realidad y la verdad. Si todo proyecto de autorrepresentación es una estilización, las escrituras del yo en vez de remitir al *ser* buscan *sentir* el yo. El “sí mismo” de Ricoeur amplía la categoría del sujeto narrativo a un sujeto ético que encierra la idea de responsabilidad y sentimientos. Entre lo que permanece idéntico y lo que cambia en relación con los otros, surge el concepto de identidad narrativa, que Lejeune retoma con la cuestión de “ponernos por escrito” y crear una identidad narrativa que no por ello es ficción: “porque no juego a inventarme sino que apelo a los recursos de la *narratio* sin dejar de ser fiel a mi verdad” (39). Scarano reconoce las conclusiones de Lejeune y las extiende a la autoficción poética: “se trataría de una textualidad compleja, imposible de definir solamente desde la emisión, ya que incluye otros niveles válidos si tomamos el circuito literario en su conjunto: componentes éticos, afectivos, referenciales, históricos. Parfraseando una de sus conclusiones más recientes, la autoficción poética busca transmitir un universo de valores, una sensibilidad, en el marco de una relación personal percibida a la vez como auténtica y ficcional” (49)

Vidas en verso también permite observar el tránsito del “*ethos* autoral” por la escritura lírica del siglo XX. Las revisiones teóricas sobre el sujeto autógrafo y, en especial, la antología que le sigue, van haciendo visible el desplazamiento desde la pasión comprometida de poéticas testimoniales como la del español Celaya o del nicaragüense Ernesto Cardenal, hacia una escritura del desapasionamiento como se da en el argentino Fabián Casas, donde sobresale un sujeto insignificante, imposibilitado de decir algo más que lo evidente.

La antología reúne a 30 poetas de una y otra orilla del Atlántico en un verdadero ensayo de indagación crítica, así como un especial tributo de la antóloga al propio placer de la lectura con poemas de Unamuno, Baldomero Fernández Moreno, Lorca, Vallejo, Alfonsina, Cernuda, Celaya, Cortázar, Giannuzzi, Bolaño, Juana Bignozzi, Carlos Marzal entre otros.

Como dice Laura Scarano: "Y si algo nos conmueve como lectores estos versos con nombre de autor, es porque la identidad escrita en el antropónimo poético funda una textualidad amenazante y poderosamente seductora..." (66).

Oswaldo Picardo

Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina)